

Francisco Ayala
MUERTES DE PERRO

ÍNDICE

Hacia Muertes de perro

EPIFANÍAS OSCURAS

José María Merino

XIII

LA INVENCIÓN DE MUERTES DE PERRO, DE AYALA

Carolyn Richmond

XLIII

Muertes de perro

1

El fondo sociológico en mis novelas

233

Francisco Ayala

ANEXOS

Bibliografía

255

Glosario

261

Epifanías oscuras
JOSÉ MARÍA MERINO

Es de sobra conocido que, dentro de la variedad de registros creativos que caracterizaron a Francisco Ayala —ensayista, traductor, memorialista, articulista...—, sus colecciones de cuentos y novelas cortas también presentaron una rica diversidad de matices. Partiendo de una mirada realista, que más adelante no dejó de interesarse por la experimentación, Ayala terminó practicando un realismo que me atrevería a denominar como *expresionista*.

Muchos aspectos del comportamiento humano estimularon la narrativa de Ayala desde esta perspectiva, algunos relacionados con la guerra civil española, pero donde con especial atención utilizó tal realismo expresionista, a través de un enfoque sardónico, y además, para tratar del poder —turbiamente relacionado con el odio, la impostura, la manipulación, la deslealtad, la frustración, la venganza...— fue en la novela *Muertes de perro* (1958), que se completaría con *El fondo del vaso* (1962), dos textos sustantivos para su obra y en los que el autor formaliza, pudiéramos decir, un escenario, el trópico americano, y un tono, el propio de un narrador muy caracterizado por su voz, aunque debe señalarse, como precedente de dicho espacio tro-

pical, aunque en este caso africano, el escenario de la novela corta *Historia de macacos* (1952), en la que determinado enredo le sirve para mostrar también con profunda causticidad las actitudes y conductas de un grupo humano.

Tanto en *Muertes de perro* como en *El fondo del vaso*, Ayala utiliza con vigor su talento literario para describir, mediante la ficción, el ambiente moral y social de los altos responsables y de ciertos burgueses de una época marcada por una dictadura y el tiempo posterior a ella, en un país centroamericano.

1. Las «novelas de dictador»

El referente dictatorial ha propiciado que algunos estudiosos enmarquen *Muertes de perro* dentro de esa especie de subgénero denominado «novela de dictador», cuya primera referencia sería *Tirano Banderas* (1926), de Ramón María del Valle-Inclán y la última, por ahora, *La Fiesta del Chivo* (2000), de Mario Vargas Llosa, y en el que también se enmarcarían *El señor presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias, *Yo el Supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez o *El recurso del método* (1974), de Alejo Carpentier, por citar algunos ejemplos muy conocidos.

Ciertos analistas del fenómeno recuerdan también, acaso por buscarle al fenómeno una raíz netamente americana, *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento, pero este libro no se puede enmarcar dentro de la ficción, como todos los anteriormente citados, ya que, aunque la novela de Vargas Llosa se relacione con la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana, no se trata de un libro de historia ni de ensayo, sino

claramente de una invención novelesca, lo que no es el libro de Sarmiento, que concierne al caudillo Facundo Quiroga desde un tratamiento que no tiene nada que ver con lo ficticio. Por el prurito de buscar antecedentes no ficticios a las «novelas de dictador» en el espacio americano, tendríamos que remontarnos a todo lo que se escribió sobre Lope de Aguirre, por ejemplo, desde *Jornada de Omagua y Dorado* (¿1562?), de Francisco Vázquez hasta *La expedición de Ursúa y los crímenes de Aguirre* (1821), de Robert Southey, pasando por *Noticias históricas de la gobernación de Venezuela y la historia del tirano Aguirre* (¿1627?), de fray Pedro Simón, por lo menos, e inscribir también en el subgénero *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964), de Ramón J. Sender... Más adelante me detendré en la relación entre Novela e Historia.

En consecuencia, la verdadera primera «novela de dictador» es, sin lugar a dudas, la citada *Tirano Banderas*, de Ramón María del Valle-Inclán. Por otra parte, Valle-Inclán tenía experiencia de las dictaduras hispanoamericanas, pues había estado en México en 1892, en plena vigencia del Gobierno de Porfirio Díaz, y volvió a aquel país en 1921, tras la Revolución y bajo el Gobierno de Álvaro Obregón.

Del mismo modo que España ha tenido, a lo largo de los siglos *xix* y *xx*, una dolorosa tradición de guerras civiles, y en el *xx* de dictaduras, la franquista especialmente ominosa, Hispanoamérica ha sufrido también durante esos dos siglos una nutrida serie de gobernanzas dictatoriales. A modo de ejemplo, pensemos que, en México, antes de Porfirio Díaz gobernó Antonio López de Santa Anna (1833-1855); que en Guatemala, en los años treinta del siglo *xix* mandaba el dictador Rafael Carreras, y que durante los años treinta del siglo *xx* gobernaba el país el dictador Jorge Ubico; que el cruce de ambos siglos conoció en

Ecuador al dictador Eloy Alfaro —muerto por el furor público en 1912—; que el autoproclamado «americano ilustre» Antonio Guzmán Blanco, que tuvo en sus manos Venezuela en los años setenta y ochenta del *xix*, sería antecedente de Marcos Pérez Jiménez, dictador en los años cincuenta del *xx*; que Nicaragua sufrió durante cincuenta años, desde finales del siglo *xix* hasta los años cincuenta del *xx*, el poder dictatorial de la familia Somoza; que Cuba conoció la dictadura de Gerardo Machado entre 1925 y 1933, y luego la de Fulgencio Batista de 1952 a 1958, como pórtico del castrismo. Es decir, que la dictadura como lamentable tradición social está bien arraigada en aquel mundo.

Muertes de perro, que ofrece como marco indudable una brutal dictadura y sucesos que tienen su arraigo natural en ese ámbito social y político, presenta también otras connotaciones. Claro que se puede analizar como representación del acrisolado mundo dictatorial que, como hemos visto, tantas muestras ha ofrecido en la vida real hispanoamericana, e incluso ha habido muchos lectores que han querido identificar su contenido con referentes no ficcionales. El propio Ayala, en *Recuerdos y olvidos 1906-2006* (Alianza Editorial, 2006), con motivo de la traducción de *Historia de macacos* al checo, nos dice, refiriéndose a *Muertes de perro*, lo siguiente:

Presenta esta novela el espectáculo de una dictadura en una imaginaria república centroamericana, y claro está que los elementos de composición provienen de diferentes sitios y circunstancias, sin que en verdad el argumento ni los personajes retraten realidad ninguna en particular. No obstante, una vez, y otra, y otra, se ha repetido con mucha frecuencia el caso de que alguien viniera a pretender identificar los supuestos modelos. Incluso hubo quien me ponderó admirativamente: «Pero ¡qué bien que conoce usted mi país! Yo

puedo ponerle su nombre real, sin equivocación, a cada uno de los personajes de su novela». «¿Cuál es su país?», le pregunté al buen hombre. Era un periodista nicaragüense que se acercó a saludarme al final de una conferencia mía en Nueva York; y se quedó entre decepcionado e incrédulo cuando le dije que jamás había estado en Nicaragua... ¡Hasta se ha pretendido ver que mi novela satirizaba la dictadura de Franco en España, y ya son ganas de saltar desde la ficción al terreno de los hechos prácticos!

Lo que le da a *Muertes de perro* su indiscutible personalidad en el campo de lo que podríamos denominar «ficciones dictatoriales» es, precisamente, su riqueza de matices, una perspectiva que, sin dejar de ofrecernos un modelo de mundo castigado por el despotismo, presenta un panorama de comportamientos y actitudes muy definitorias de la condición humana. En tal sentido, acotar este libro solo como «novela de dictador» sería traicionar su sentido profundo y empobrecer su significado. Ayala hace transcurrir *Muertes de perro* en una dictadura, pero lo que sobre todo pretende es mostrarnos unas conductas, un panorama social y personal, del mismo modo que la dictadura ya no existe en *El fondo del vaso* y, sin embargo, son los comportamientos humanos, dentro también de un contexto social concreto, lo que al novelista le interesa presentarnos.

2. *Muertes de perro*

La actitud del autor y su manera de utilizar los diferentes elementos constructivos de *Muertes de perro* es lo que voy a intentar analizar, desde el escenario y el tiempo del relato hasta las técnicas narrativas materiales, pasando por la conformación

de las conductas de los personajes y el juego dramático de la historia, haciendo luego una breve referencia final a *El fondo del vaso*.

A. - *El escenario*

Ante todo, uno de los aspectos que sorprenden en *Muertes de perro* es la extrema parquedad descriptiva, la austeridad llevada al límite con que se nos dibuja el ambiente físico en el que se desarrolla la ficción.

El narrador principal, Luis Pinedo, señala simplemente que se trata «de un país chiquito, demasiado chiquito, un pobre rincón del trópico, apartado, perdido entre las que nosotros, con evidente hipérbole, llamamos, en comparación, “las grandes potencias vecinas”; y todavía, por si fuera poco, encerrado tras esa franja de terreno que nos aprieta, estrangula y ahoga: la especie de puerto franco, antiguo nido de piratas y hoy emporio comercial, que han podido conservar ahí los holandeses...» (cap. I).

A lo largo de los treinta capítulos del libro, hay contadísimas ocasiones en las que el espacio físico de los sucesos merezca algún interés por parte del cronista principal y de los redactores de los documentos que maneja, con declaraciones o confesiones integradas en ellos. Por eso sorprenden tanto esas alusiones mínimas al escenario, cuando aparecen. Por ejemplo, al entorno natural, que tan exuberante es en el trópico, solamente se alude en una ocasión: «allí donde el sendero se angosta con el lujo de los flamboyanes y los bambús» (cap. VI), sin que los numerosos espacios exteriores e interiores —casas, oficinas, conventos, iglesias, plazas, calles, cuarteles, el pueblo de

La invención de Muertes de perro, de Ayala
CAROLYN RICHMOND

*The best-laid schemes of mice and men
Often go awry.*

Robert Burns, «To a Mouse»

Nunca se sabe nada, nunca.

Francisco Ayala,
«Erika ante el invierno»

Redactada por Francisco Ayala hacia finales de la década de los cincuenta, *Muertes de perro* (1958) es una novela a la vez fascinante y compleja: una obra cuyas raíces se remontan, por un lado, a la trayectoria vital del autor, y por otro, a sus propios escritos y lecturas. Narrada en primera persona por un compulsivo, inválido y autodesignado *historiador* en el proceso de coleccionar y ordenar información, tanto escrita como oral, para una crónica, que él mismo se ha propuesto redactar, de ciertos dramáticos acontecimientos acaecidos en años recientes en un anónimo país tropical durante la presidencia del dictador Bocanegra, la historia propiamente dicha se irá desen-

volviendo delante de los ojos del lector en múltiples planos y desde una multitud, también, de puntos de vista.

Cada escritor es hijo del momento histórico en que le ha tocado vivir, así como de una tradición cultural: de un presente concreto que va hacia el futuro, y de un ahora inconcreto, íntimo, integrado por toda suerte de experiencias personales entre las que desempeñan, lógicamente, un papel fundamental sus propias lecturas. Estas dos vertientes suelen encontrar expresión, tanto estética como intelectual, en el arte literario, fruto de lo experimentado física, racional, emocional y espiritualmente por el escritor, quien, a lo largo de su propio *viaje* vital, va adquiriendo una perspectiva temporal —la de la plena madurez— que recuerda, a su vez, la del mítico Jano bifronte, quien mira simultáneamente hacia el pasado y hacia el futuro. En el caso de Ayala, como en el de otros grandes autores, la relación entre *experiencia* e *invención* encuentra entonces nuevas, y originalísimas, vías de expresión poética, según, al ocuparnos de la novela *Muertes de perro*, tendremos ocasión de ver.

Escritores hay —entre ellos el propio Ayala— cuya obra se caracteriza por un fondo filosófico que les concede una especie de unidad que va más allá de la del estilo. El lector que nada sabe del código de honor, por ejemplo, no puede entrar de lleno en el teatro español del Siglo de Oro, y al que ignora las tradiciones literarias —la caballeresca, la pastoril...— anteriores al *Quijote*, se le escapará forzosamente lo que tiene de paródica esta novela. Si bien a primera vista muchísimo menos patente, el fondo ideológico de la obra de invención ayaliana resulta ser de suma importancia. En el caso concreto de *Muertes de perro*, por ejemplo, me referiré más adelante a un valioso texto del autor titulado «El fondo sociológico en mis novelas», del año 1968, incluido como apéndice en esta edición. En una «Conversación sobre

El jardín de las delicias», del año 1972 (*Confrontaciones*, 1972), Francisco Ayala le dice a Andrés Amorós que la «visión amarga» percibida por su entrevistador en la primera parte de este libro (1971) «[e]s del mundo actual, sin duda; pero es también y, en definitiva, de la condición humana». Las palabras que siguen son de suma importancia para comprender con mayor profundidad el conjunto de la obra de nuestro autor:

Yo acepto —dice— como verdad básica el mito del pecado original, la naturaleza corrompida del hombre; pero —cuidado— también admito, y reflejo en mis escritos, la *redención*. Basta pensar en *El fondo del vaso* [la novela complementaria de *Muertes de perro*] o en aquella nostalgia del Paraíso que diversamente se hace siempre presente en mis obras de invención. [Subrayados míos]

He aquí una de las claves esenciales para una mejor comprensión de la narrativa ayaliana en toda su complejidad. Según queda de manifiesto en las palabras que se acaban de citar, así como en la referida *comunicación* acerca del fondo sociológico de sus novelas, Francisco Ayala fue un escritor sumamente consciente. Poco o nada en su arte se deja al azar. Y según tendremos ocasión de ver, dentro de la vida reflejada, recreada, transformada en su obra se incluye también, junto con las demás artes, la literatura (me refiero aquí a la literatura como poesía), con la que desde muy temprano viene dialogando nuestro autor.

Un escritor en la sociedad de masas

El escritor en la sociedad de masas daría Ayala como título, en el año 1956, a una recopilación de cinco ensayos, redactados

todos —menos el primero, de 1948— tras haber dejado Buenos Aires para vivir en Puerto Rico, luego en Estados Unidos. Los títulos hablan por sí solos: «Para quién escribimos nosotros», «El escritor de lengua española», «Digresión sobre la cultura nacional», «Humanidades y humanidad» y «El escritor en la sociedad de masas». En el caso de este último, no se trata, claro está, de ningún fenómeno nuevo: la expresión *sociedad de masas* era de uso común ya a finales del siglo XIX. Y sin embargo, es en este punto preciso de su trayectoria vital, cuando se halla nuestro autor en un momento de transición, sin saber con seguridad qué le deparará el futuro, ni a él, ni mucho menos al mundo, cuando se pone a reflexionar sobre temas de esta naturaleza. ¿Influyen en ello sus nuevas experiencias en Estados Unidos? ¿Las circunstancias histórico-sociales de aquella época? A finales del año siguiente (1957) parece haber entregado ya a una editorial argentina el original de *Muertes de perro*. Para procurar entender mejor las condiciones en las que lo llegó a escribir su autor, así como lo que pudiera haber en esta novela de reflejo personal suyo, habrá que retroceder ahora en el tiempo y comenzar por el principio.

1906-1921: Granada

Vayamos al 16 de marzo de 1906, cuando vino al mundo, en la ciudad de Granada, Francisco de Paula Ayala García-Duarte, quien pasaría allí los primeros dieciséis años de la que sería una vida de infalible lucidez, que más de un siglo después, el 3 de noviembre de 2009, llegó por fin a dar en aquella *mar, que es el morir*. A aquellos tres lustros formativos se remonta todo lo que, ampliado y enriquecido por la experiencia de las décadas

siguientes, llegará a formar parte, a mediados de los años cincuenta, de eso que se denomina, vagamente, la materia prima de la inspiración artística del creador. Que el lector actual de *Muertes de perro* se valga como quiera de los datos que a partir de aquí se le van a suministrar, siendo, como es, libre de sacar de ellos las conclusiones que desee. Pero como cada obra es hija, a su vez, no solo de su tiempo, sino también —y sobre todo— de su creador, hemos de proporcionar algunos detalles que se espera ayuden a situar esta novela dentro de la vida y obra de su autor.

Para llegar a comprender a fondo lo que significaron para Francisco Ayala aquellos años de infancia y adolescencia el lector interesado puede leer las páginas iniciales —tituladas «Del Paraíso al destierro»— de sus memorias, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, además de las cuatro piezas —auténticos poemas en prosa— con las que se abre la segunda parte de *El jardín de las delicias*, «Días felices». Quisiera, a partir de todas ellas, proponer una serie de temas o motivos, a los que volvería luego Ayala en su obra, los cuales se remontan, precisamente, a esta primera época de su vida, en particular, a la década que transcurre entre 1912 y 1921, o sea, antes de que se trasladase, con sus padres y hermanos menores, a la capital. Son años —recuérdese— que coinciden, en Europa, con la Gran Guerra (1914-1918), desencadenada el 28 de junio de 1914 por el atentado terrorista de Sarajevo en el que murió el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero de la corona austrohúngara; con la Revolución rusa (1917); con la pandemia de «gripe española» (1918), que dio muerte a más personas que la Primera Guerra Mundial; y con la elección de Adolf Hitler al frente del movimiento nacionalsocialista en Alemania (1921). En España, oficialmente neutral en esta guerra, hubo sin embargo

inestabilidad política, protestas sociales, huelgas y —como ocurrió en otros países— atentados anarquistas. De todo este (esquemáticamente trazado) panorama histórico convendría señalar varios factores que dejaron huellas inmediatas en la vida y obra de nuestro autor.

El primero fue un acontecimiento familiar, seguido de una decisión de gran transcendencia por parte del joven Francisco: su padrino, un señor adinerado cuyo único hijo había fallecido en la antes referida epidemia de gripe, ofreció hacerse cargo de él cuando el resto de la familia se trasladó a la capital, oferta que (afortunadamente) Ayala rechazó. El segundo, narrado en el apartado de las memorias titulado «La Primera Guerra Mundial», está directamente relacionado con la Gran Guerra sufrida, con enorme intensidad, por los españoles, que estaban divididos en dos bandos: los germanófilos, a los que pertenecían el padre del autor, sus parientes y amigos, y los francófilos o aliadófilos, representados, en la familia, sobre todo por dos tíos maternos suyos. Todos ellos, según Ayala —quien en aquellas circunstancias se identificaba con su padre—, «furibundos». (La eterna lucha entre hermanos —entre Abel y Caín— sería en años venideros uno de los grandes temas de su obra narrativa.)

Cuenta el autor que cuando tenía ocho años, su padre le hacía leer en voz alta —verdadera «ordalía»— «los telegramas [publicados en los periódicos] con informaciones de la guerra, una lectura —escribe— salpicada de nombres extranjeros y términos militares para mí incomprensibles»; lo cual nos conduce, por asociación, al importante papel desempeñado desde muy temprano en la vida de Francisco Ayala por el primer medio de comunicación masiva del mundo: la prensa diaria, la cual —según queda claro tanto en *Muertes de perro* como (y sobre

todo] en la novela que la sigue, *El fondo del vaso* (1962)— desempeñaría en su obra de invención un papel fundamental. No hay razón alguna para pensar que aquellas lecturas de la prensa por parte del joven Ayala —quien, según confesión propia, era un lector no solo precoz, sino también voraz— se limitaran a los telegramas sobre la guerra; otros reportajes y crónicas le servirían asimismo, muy pronto, de fuentes de inspiración.

Un fenómeno histórico-social que habría que tener especialmente en cuenta es el del anarquismo, movimiento que sembraba en aquella sociedad de masas desorden e inestabilidad y que conocía también de cerca el joven Ayala, según se ve reflejado en sus primeras dos novelas largas, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* e *Historia de un amanecer* (1925 y 1926).

Los contrastes —por no decir disparidades— existentes entre las ramas materna y paterna de su familia dejarían en Ayala unas huellas profundas que influirían definitivamente en su obra literaria. Relacionada con ello, así como con su muy temprana lectura del *Quijote*, está su personal visión perspectivista de la realidad, a la que habría que añadir un enorme respeto por opiniones ajenas a la suya... con tal de que no estuvieran en contra de lo justo y equitativo —según queda bien claro en las piezas «Lección ejemplar» y «Latrocinio», de *El jardín de las delicias*—. Otro motivo fundamental de su obra narrativa, el del pecado original, parece remontarse, asimismo, a ciertas experiencias juveniles (por ejemplo, como más de una vez me contó el autor, la pieza que antecede a dichos textos, titulada «A las puertas del Edén», estaba inspirada en un hecho real). Cabe señalar aquí, también, la ficcionalización en *El jardín de las delicias* de las primeras —y simbólicas— consecuencias del pecado original en aquella evocación lírica del paraíso perdido que se titula «Nuestro jardín».

I

Estamos demasiado acostumbrados hoy día a ver en el cine revoluciones, guerras, asaltos y asonadas, todas esas espectaculares violencias, en fin, donde la bestia humana ruga; pero quien solo en el cine las haya visto, mal podrá —pienso yo— imaginarse la sencillez estupenda con que en la realidad se desenvuelven cuando por desgracia le toca a uno —como a mí, ahora— presenciarlas de veras. Transcurrido el tiempo, acontecimientos tales serán sin duda admiración de las generaciones nuevas; y el que los ha vivido pasará a sus ojos, sin otro motivo, por un héroe. En cuanto a mí, desde luego renuncio a semejante gloria, y me aplico a preparar este relato con el desengaño de la pura verdad. Instalado siempre en mi sillón de ruedas, testigo de tanto y tan cruel desorden, aquí estoy, en medio del torbellino, sin que hasta el momento nadie me haya molestado. Si mi invalidez sigue valiéndome, si acaso no se le ocurre todavía a algún mala sangre divertirse a costa de este pobre tullido y meterme de un empujón en la grotesca danza de la muerte, es muy probable que lleguemos al final, y pueda contarlo... Porque esto ha de tener un final; y será menester que alguien lo cuente.

Mientras tanto, mi nulidad me preserva. De mí ¿quién va a ocuparse? Y hasta me sobra el tiempo y el sosiego para ob-

servar, inquirir, enterarme, averiguarlo todo, e incluso para hacer acopio de documentos; sí, juntar los papeles sobre cuyo valor documental habrá de fundarse luego la historia de este turbulento período. Por supuesto, no voy a alardear de tal servicio, ni es tampoco gran mérito dedicarme a recogerlos y coleccionarlos; pues ¿en qué mejor cosa podría ocuparme? Vástago de una familia de escribas, y clavado por añadidura a este sillón desde los días ya bastante remotos de la adolescencia, a mí me corresponde por derecho propio esta sedentaria tarea, cuando todos se afanan por matarse unos a otros. Cada cual a lo suyo, digo yo; y en esto no hay alarde, antes al contrario... Cierto es, lo sé bien, que mi condición no constituiría impedimento mayor para quien gustase de participar en las luchas de su tiempo; y no digamos, si por ventura poseía el genio de la política: ahí tenemos, no tan lejano, el caso de Roosevelt como ejemplo y espejo de paralíticos activos; y aun sin irse a lo alto, ¿acaso este viejo Olóriz, lisiado ya y no menos impedido que yo, medio imbécil de senilidad, no es quien está, en cierto modo, dirigiendo ahora entre nosotros, con su mano temblona, la horrible zarabanda? ¿No es él quien decreta muertes bajo pretexto de pública salvación, quien ordena interrogatorios y dispone torturas, y maneja, en suma, desde su rincón, los hilos todos de los títeres? Él es, aunque mentira parezca.

Pero yo, pobre de mí, que jamás sentí el aguijón de tales deseos, he hecho y hago, en cambio, virtud de mi enfermedad para reforzar con ella mi tradición doméstica de lector y de escritor, hasta haberme convertido a los ojos de los demás en esa *rara avis*, o bicho raro, que en mí ven: especie de absurdo mochuelo, con el pecho poderoso y las patas secas. ¡Dejadlos! Ellos pugnan, ellos luchan, ellos se desgarran, ellos

se arrancan la vida y, movidos por oleadas de ciega pasión, actúan como protagonistas. Sin embargo, ¿quién les dice que no haya de ser mi nombre, el nombre de Luis Pinedo, del insignificantísimo Pinedito, el que se haga ilustre, a fin de cuentas, por encima de todas las cabezas, con el solo mérito de haber salvado de la destrucción y el olvido estos documentos cuya importancia nadie reconoce ahora, y en los que nadie reparará?... Silenciosamente, los recojo yo mientras tanto para redactar en su día la crónica de los sucesos actuales; y es curioso que los sucesos mismos, en su vendaval, se encargan de irlos trayendo hasta mis manos. Si las turbas no hubieran asaltado varias legaciones, es claro que nunca habrían llegado a mi poder las piezas de sus archivos, dispersos al viento, que aquí tengo. Sin la desbandada del convento de Santa Rosa, cuya abadesa buscó en la embajada de España, luego saqueada por un grupo de insensatos, breve, inseguro y efímero refugio, no poseería yo en custodia el mazo de cartas y borradores que obran en mis carpetas... Y como esos, son bastantes —y muy sabrosos, por cierto, algunos de ellos— los escritos que, a favor de las circunstancias, he conseguido reunir y clasificar hasta el momento.

Los hay, en efecto, para todos los gustos y en todos los géneros; pero ninguno, sin embargo, tan precioso para mí, ni tan inesperado, debo decirlo, como las memorias que, con meticulosidad increíble y cierta buena mano literaria, venía pergeñando en secreto, día tras día, sobre papel timbrado de la Presidencia, el mismo oscuro, turbio y atravesado sujeto que había de desencadenar los acontecimientos trágicos, para ser enseguida su primera víctima: el secretario particular Tadeo Requena. Bien puede imaginarse la importancia reveladora de ciertas claves contenidas en el largo y a veces también

impertinente relatorio, o especie de autobiografía, de este atroz personaje que, desde su segundo plano, tan decisiva actuación tuvo en todo; importancia tal, que su escrito deberá ser la piedra angular de cualquier construcción histórica erigida en el futuro.

No disimularé que me ilusiona la perspectiva de ser yo mismo, si es que arribamos a buen puerto, el arquitecto de esa obra grandiosa. Es una tarea digna; vale la pena, y presiento que me está reservada. Por lo pronto, ganaré tiempo aplicándome a la labor preparatoria de juntar y ordenar los materiales, allegar las fuentes dispersas, y trazar algún que otro comentario, aclaración o glosa que concierte y relacione entre sí los acontecimientos, depure los hechos y establezca el verdadero alcance y el cabal sentido de cada suceso. De esta manera, calmo mi ansiedad, lleno las horas y, en el caso en que la suerte no me acompañe hasta el final o me fallen las fuerzas, quedará siempre ahí un mamotreto crudo y un tanto caótico, sí, pero de cualquier modo útil; más diré; indispensable; pues en este bendito país nuestro pronto se pierde la memoria de todo, de lo bueno como de lo malo; y no es este nuestro menor defecto, la verdad sea dicha: vivimos al día, sin recuerdo del pasado ni preocupación del porvenir, entregados a un fatalismo que nos lleva, en lo individual como en lo colectivo, de la abulia al frenesí, para recaer de nuevo en el letargo tras cada convulsión. Eso quizás por suponerse que nada de lo que ocurra o pueda ocurrir aquí tiene entidad real.

Y es innegable —perdóneseme la digresión—: nuestro país no cuenta para mucho en el mundo; nosotros mismos lo tenemos en poco; debajo de todo nuestro patriotismo verbal, lo despreciamos, hay que reconocerlo; nos avergonzamos de él. De cualquier modo, queramos o no, el hecho es

que se trata de un país chiquito, demasiado chiquito, un pobre rincón del trópico, apartado, perdido entre las que nosotros, con evidente hipérbole, llamamos, en comparación, «las grandes potencias vecinas»; y todavía, por si fuera poco, encerrado tras esa franja de terreno que nos aprieta, estrangula y ahoga: la especie de puerto franco, antiguo nido de piratas y hoy emporio comercial, que han podido conservar ahí los holandeses no sé por qué milagro de la astucia, de la Providencia o de la simple casualidad. A nosotros, en cambio, ninguna de esas tres instancias nos ha favorecido; y así —tal pensamos, o lo sentimos, sin atrevernos a pensarlo—, en este desdichado pedacito de tierra nada puede intentarse en serio, ni aun siquiera vale la pena... Mas, por otro lado, me pregunto yo a veces, ¿tiene mucho que ver acaso la magnitud de un país con la calidad memorable de lo que en él acontezca? Nosotros solemos consolarnos de nuestra pequeñez territorial con la Atenas de Pericles, con las ciudades italianas del Renacimiento (este es un argumento favorito que nadie ha contradicho jamás, pero que se aduce, sin embargo, siempre de nuevo, con énfasis y recurrencia infatigable, en nuestra prensa, radio y tribuna); y, sea como quiera, es indiscutible que los seres humanos viven y luchan y sufren y se juegan la vida y la pierden y mueren, con grandeza o con mezquindad igual, tanto si el país es minúsculo como en los imperios gigantes. Cada cual vale por lo que es, por lo que hace y merece, aunque se vea reducido a hacerlo en el marco de una pequeña república medio dormida en la selva americana.

Acaricio, pues, la esperanza de que me esté reservada a mí, como descendiente que soy de una ilustre estirpe de letrados, gala y prestigio de esta tierra en tiempos menos infelices, la alta misión de impartir esa justicia histórica en un libro que,

al mismo tiempo, sirva de admonición a las generaciones venideras y de permanente guía a este pueblo degenerado que alguna vez deberá recuperar su antigua dignidad, humillada hoy por nuestras propias culpas, pero no definitivamente perdida. Pienso poner manos a la obra, tan pronto como remita la ola de violencias, desmanes, asesinatos, robos, incendios y demás tropelías que afligen al país desde la muerte del presidente Bocanegra —cuyo nombre, dicho sea de paso y en vista de cuanto ocurre, no sé ya si deberá calificarse de infame, según pensábamos muchos, o más bien enaltecerlo y llorarlo como esperanza frustrada y malogrado remedio de la patria—. De momento, ordeno mis papeles y mis ideas, adelanto el trabajo y preparo este esbozo, previo al libro acabado que me prometo para después. Mientras alrededor mío todos usan el facón o el machete, cuando no la pistola, yo ejercitaré la pluma: con no menos áspero deleite.